

—Partid, partid, en nombre del cielo! —murmuró la jóven en un arrebato sublime, —partid sin demora. Yo os perdono.

—Qué yo parta? que me perdonais? Pero, Aura, yo os juro, y os lo juro por mi salvacion eterna, que no comprendo ni una palabra de lo que me estais diciendo. Tanto, que si no os viera á vos demudada y en ese estado de agitacion que me parece participar de la locura, creeria que es todo una burla de que me haceis objeto.

—Una burla! —murmuró la jóven cuyos labios se estremecieron á impulsos de una horrible contraccion nerviosa: —ah! decís que lo tomariais por una burla?

—Aura, en nombre de lo que haya mas santo para vos en este mundo, os suplico que me espliqueis este misterio, si no quereis volverme loco. Qué significa todo esto? qué son esas palabras en vuestra boca? qué indica esa palidez en vuestro rostro? qué quiere decir esta firma del monarca en mi mano? Aura! Aura! si sabeis lo que es sufrir, si sabeis lo que es piedad, sacadme de este horrible estado.

Aura se sintió algun tanto conmovida ante aquel acento de enérgica verdad que dominaba en las palabras del marqués.

—Si sé lo que es sufrir, me preguntais? —esclamó con una voz henchida de lágrimas; —pues qué es lo que he hecho ayer, qué es lo que he hecho esta noche sino sufrir amarga y horrorosamente como ningun corazon puede ya soportar mas?

—Vos! vos habeis sufrido, Aura? —esclamó el marqués con ternura.

—Y porqué?

—Porqué, decís? Porqué?

Y Aura levantó sus brazos al cielo y exclamó con impetuosidad:

—Señor! señor! compadeceos del hombre que blasfema!

—Aura!

La jóven inclinó la cabeza y rompió en llanto. Eran las primeras lágrimas que Dios le hacia la merced de enviar á sus ojos despues de una porcion de horas de amargo y desconsolador sufrimiento.

El marqués se acercó con tierna solicitud á su futura y trató en vano de consolarla. Cuando hubo pasado aquel primer momento de expansion, cuando Aura tuvo aliviada su alma del peso de aquellas lágrimas, levantó su cabeza. Sus ojos brillaban.

—Marqués, —le dijo con una espresion de asesina ironía, —marqués, qué os parecen estos versos?

Y Aura alargó otro papel al marqués.

Este lo desdobló y lanzó una exclamacion al ver su propia letra y lo que es mas, los versos que recordaba haberse llevado el secretario Antonio Perez sin que se los hubiese devuelto ni hubiese él pensado tampoco en recogerlos.

—Estos versos! quién os los ha dado, Aura?

—Ah! luego los conoceis?

—Sí, son míos.

—Y lo confiesa! —murmuró Aura con doloroso acento.

—Oh! —esclamó de pronto el marqués que recorria con la vista el papel al tropezar en el último verso; —esta línea no es mia, no es mi letra.... esto es una infame superchería! Aura! me temo.... Dios mio! Dios mio! Estoy viendo aquí una espantosa complicacion.... Aura, os han tendido un lazo en el que vos, pobre jóven incauta, os habeis dejado prender.

—Un lazo! —dijo la hermosa con amarga sonrisa; —un lazo! Pues qué, no os he visto introducir esta noche pasada en el jardin? no os he visto penetrar furtiva y sigilosamente en el pabellon de la reina? no os he visto yo, yo misma, con mis propios ojos, recibir un brazalete de perlas de manos de la reina que acompañaba el presente con palabras dulces y gratas al oido del amante?

El de Poza se admiró al escuchar estas palabras, pero cruzándose de brazos contestó solo:

—Y bien?

—Entonces, —continuó la exasperada jóven, —mi razon se ha turbado, mi corazon se ha despedazado, todo lo que hay sensible en mí, ha gritado: infamia! Sí, porque el hombre al que yo creia amante entre los amantes, leal entre los leales, me vendia con otra muger y no se habia servido de mí mas que para medio con que poder llegar á los brazos de su verdadera amada, de la reina.

—Justicia de Dios! qué estais diciendo? yo el amante de la reina!

—Y loca, fuera de mí, desesperada, ciega, —continuó la jóven sin hacer caso, —he ido á buscar á la princesa, al rey, á todo el mundo y me he arrojado á sus plantas y les he dicho: Mi amante me vende; justicia contra mi amante!

—Infeliz!

—Infeliz, teneis razon. Yo le he dicho al rey lo que habia visto, lo

que habia oido: le he dicho que os habian entregado el brazalete y en seguida..... yo no sé..... no recuerdo como, porque..... porque..... Dios mio! mi cabeza arde! en seguida me he visto con una firma del rey en la mano y he corrido..... he corrido para dároslo, para salvaros, para deciros que huyérais de su furia por..... por..... por amor hácia mí, pues que todavía os amo!

Y la jóven dando un grito supremo, cayó exánime, desfallecida, sollozando, á los piés del de Poza. El rostro de este se habia puesto severo, sombrío; no pestañeaba siquiera; su boca contraída y sus manos convulsas indicaban la agitacion ó quizá la lucha que se abrigaba en su interior. Reinó por breves instantes un silencio sepulcral en la estancia, interrumpido solo de cuando en cuando por los sollozos de la jóven que en vano procuraba ahogarlos. El marqués fué el primero en romper aquella situacion: inclinóse hácia la jóven, la levantó, la hizo sentar en un sillón y en seguida la empezó á hablar con voz resuelta y solemne, muy tranquila en apariencia.

— Aura, oidme y responded, responded como si le hablarais á vuestro confesor, porque acaso la vida de tres personas pende de vuestros labios. Aura, suspended el llanto por un momento, dad tregua á vuestro enojo y dadme luz con vuestras contestaciones para que pueda guiarme en medio de esas tinieblas, para que pueda asegurarme de que ambos á dos hemos sido víctimas de una trama infernal.

Aura suspendió en efecto sus sollozos y miró al marqués en cuyo rostro leyó toda la gravedad del momento.

— Decidme, quién os dió estos versos?

— La princesa de Eboli.

— Me lo he presumido.

— Ah!

— Y os habeis puesto en acecho creyéndome el amante de la reina?

— Sí.

— Y me habeis visto entrar en el pabellon?

— Sí.

— Y habeis visto como la reina me entregaba un brazalete!

— Sí.

— Y habeis ido á decírselo al rey?

— No. He ido á buscar á la princesa en la cámara real.

— Pero el rey estaba por allí cerca, os ha oido quizá?

— Sí, estaba escondido y se ha presentado de pronto.

— Todo lo comprendo perfectamente. Quereis ahora que os cuente toda la historia, toda esa horrible historia? — dijo el marqués con una calma imponente.

— Sí.

— Pues bien: yo estaba una noche en esta misma estancia donde nos hallamos ahora, y estaba precisamente componiendo estos mismos versos que á vos os han dado. Un hombre entró por la ventana; huía de unos embozados que le perseguian para conocerle ó para asesinarle quizá. Era el príncipe Carlos. Apenas se halló en este cuarto, tuvo que buscar un refugio allí, tras de aquellas cortinas, porque Antonio Perez, su enemigo y el favorito de su padre, Antonio Perez, el amante de la princesa de Eboli, llamaba á mi puerta. Perez estuvo hablando conmigo de esos versos que para vos, Aura, estaba yo escribiendo y se los llevó prometiéndome devolverlos. Su visita habia sido un pretexto para asegurarse de quién era el que aquí se habia refugiado, pero se fué sin poder saberlo. Entonces el príncipe salió, se arrojó en mis brazos, me contó su historia, sus amores con la reina, me manifestó su deseo de partir á Flandes y acabó por decirme que necesitaba un hombre que pudiera, como fuese necesario, hacerse matar por él. Yo me ofrecí á ser este hombre. La vigilancia mas escrupulosa se estendió desde aquella noche sobre el príncipe y sobre mí mismo. S. A. no ha salido de su habitacion, pero yo he ido á la reina en su nombre: les he llevado mutuamente á uno y á otro sus cartas, sus recuerdos de despida, porque el príncipe debia partir mañana á Flandes donde le esperan los condes de Horn y de Egmont para proclamarle soberano. Ahora bien, la princesa de Eboli quiere perder á Carlos, quiere perder á Isabel, ignoraria sin duda quién era el mensajero nocturno, sospecharia de mí, y, para asegurarse, ella y Antonio Perez han fraguado el plan de que vos habeis sido la primera víctima. Ella os ha dado estos versos arreglando el último, que era el que faltaba, á su modo y fingiendo mi letra; ella os ha hecho que me espiárais; ella os ha esperado sin duda en el gabinete del rey para que vuestra cólera, creyendoos engañada, descubriera á la reina, al príncipe, á mí mismo y á los tres nos presentara como culpados. Ahora Felipe II sabe que yo he visto á la reina esta noche, que ella me ha dado un brazalete, supone que este brazalete está ya en poder del príncipe, como lo está en efecto, y cuando menos lo creamos, su justicia, siempre misteriosa y terrible, caerá como una cuchilla sobre nuestras tres cabezas á un tiempo. He ahí la historia, Aura, y he ahí lo que cuesta vuestra imprudente relacion. La princesa y Antonio Perez necesitaban que el rey escuchara de boca de cualquiera, que no fuese ninguno de ellos, para

que la acusacion tuviera mas valor, la noticia de que la reina tenia secretas y nocturnas entrevistas conmigo por ejemplo, pues ya habrian cuidado de presentarme en el ánimo del monarca como el amigo ó el mensajero de su hijo. La princesa y Antonio Perez habian conocido que el plan no podia fallar, que vos me veriais entrar en el pabellon, que me esperaríais, y que la fuerza de vuestro dolor os arrojaria en brazos de vuestra antigua protectora para decirle: el marqués es el amante de la reina! Y ya su trama estaria urdida de tal manera que el rey os pudiera oír y que la princesa ó Antonio Perez se pudieran volver hácia él y decirle: el marqués no es el amante, pero es sí el mensajero del amante! Esto es exactamente lo que habrá pasado. Su intriga les ha salido bien. No solo el rey ha oído de vos lo que ellos querian que oyera, sino que hasta el brazalete que hallarán á faltar en el joyel de la reina, ó encontrarán sobre el príncipe, les servirá de prueba para que vibre el monarca el rayo de su justicia vengándola. Y ahora, decidme, comprendéis el lazo en que habeis caído, Aura?

Aura no contestó nada. Habia estado durante toda esta relacion inmóvil, escuchando sin perder sílaba, oyéndolo todo sin pestañear. Cuando su futuro hubo concluido, la jóven se dejó caer á sus piés con las manos suplicantes, con los ojos en que se pintaba una fijeza aterradora, con un semblante mas pálido que el sudario con que se envuelve un espectro. Veíase en ella todo lo que puede hallarse de dolor y de sufrimiento en un rostro. El de Poza tuvo compasion de aquella niña que solo habia cedido á un arrebato de celos, esa locura de las almas sensibles, y, olvidando su propia situacion, la dirigió todas las palabras de amor y de consuelo que podian hacer efecto en aquel corazon combatido á un tiempo por cuantas tempestades interiores pueden desencadenarse sobre el alma de una muger.

—Marqués—dijo Aura al cabo de algunos instantes,—es preciso salvar á toda costa á la reina, aunque sea con nuestra sangre.

—Y cómo?

—Solo hay una cosa que pueda hacer prueba, que pueda deponer contra ella, es el brazalete de perlas.

—Y bien?

—Es fuerza que vuelva este brazalete á su poder.

—Es imposible.

—Porqué?

—Aun cuando yo pueda volvérselo á pedir al príncipe—dijo el de Poza,—cómo hacerlo para llegar á la reina y entregárselo?

—Se lo entregaré yo.

—Tú?

—Sí, corre á buscarlo; que el príncipe te lo dé. Lo demás es cuenta mia.

—Oh! tienes razon, Aura. Voy corriendo. Tengo esperanzas todavía.

—Dios mio! Dios mio! ya que yo he hecho el mal, permitidme remediarlo!—esclamó la jóven alzando los ojos y las manos al cielo.

El marqués salió, y Aura se quedó esperándole, presa de la mayor angustia. Cada momento que pasaba le parecia un siglo. Hubiera dado la mitad de su vida por apresurar los minutos, por tener ya el brazalete en su poder y por habérsele entregado á la reina.

El de Poza no tardó en volver.

—Lo traeis? Dádmelo!—esclamó Aura así que le vió pisar el umbral de la estancia.

—Todo está perdido!—murmuró la voz sombría del marqués.

Aura aterrada miró á su amante. Sus ojos marchitos, su semblante triste en que no habia reparado primero, le probaron que su plan habia fracasado.

—Pues qué, qué hay?

—La habitacion del príncipe está rodeada de guardias que no permiten entrar á nadie. El príncipe está preso en su cuarto. Nadie puede llegar hasta él. Todo está perdido.

—Oh!—balbuceó la jóven con un grito terrible y ocultándose el rostro con las manos.—Perdon! perdon!

—Aura,—dijo el marqués,—tu imprudencia ha sido grande, pero tu dolor te absuelve.

—Marqués; esto es horrible! esto no puede pasar así. Es preciso salvar de un modo ó de otro á esa pobre reina, á ese infeliz príncipe.

—Podré hacerme matar mas pronto—dijo el marqués,—pero no conseguiré nada.

—Y no hay otra prueba que deponga contra sus amores mas que el brazalete?

—No hay otra.

—Pues es fuerza; es preciso que esa joya vuelva á manos de la reina.

—Pero cómo?

—Yo no sé. Dios nos inspirará un medio. Ah!—dijo de pronto Aura dando un grito.—Ya lo tengo.

—El medio?

— Sí.

— De qué modo?

Aura se dirigió á la mesa donde el de Poza habia dejado el papel que al principio de su conversacion le habia dado.

— La firma del rey, — dijo.

— Sí, pero....

— Nada, nada. Escribidme encima de ella: «Nadie se oponga á que pase el portador.»

— Teneis razon, Aura.

Y el marqués escribió lo dictado por su amada.

— Nos hemos salvado, marqués. Dadme, iré yo misma. Vos pudierais comprometeros.

— Aura, Dios os tomará en cuenta este servicio.

— Confío en su misericordia para que me perdone mi falta.

— Corred, apresuraos!

— Oh! no temais. El brazalete volverá á poder de la reina. Yo les salvaré! Y la jóven, envolviéndose en su manto, se precipitó fuera del pabellon.

## VII.

### EL CANASTILLO DE FLORES.

La reina Isabel estaba apoyada en la ventana, contemplando melancólica las nubes que se cernian en el horizonte y cuyos agrupados pelotones pugnaba el sol por atravesar, cuando abriéndose repentinamente las puertas de su cámara, un paje entró, dió algunos pasos y exclamó con voz vibrante:

— El rey!

Isabel se estremeció como una niña á la que coge en delito de desobediencia su rígido preceptor. Era en efecto tan inesperada aquella visita de su

real esposo, que tembló al pensar en lo que allí podria traerle. La conciencia de la pobre reina no estaba muy tranquila para poder recibir con toda serenidad al monarca.

Este se presentó en la cámara. Contra su costumbre, su semblante estaba risueño y esto dió nuevo motivo de temor á Isabel. Sin saber porqué, su corazon leal, que nunca la habia engañado en sus impulsos, la decia que aquella visita tenia un motivo y que aquel rostro risueño ocultaba una celada.

— Señor.... baluceó Isabel.

— Qué teneis, querida mia? — preguntó el soberano con afable sonrisa.

— Pareceis sobrecojida.

— No es nada. Vuestra visita....

— Os estraña?

— No señor, pero como hacia tanto tiempo que os habiais olvidado del camino que conduce á mi estancia!

— Qué quereis! Los negocios de estado son como una rueda que nunca para. Me quitan todo el tiempo que yo quisiera dedicar á vuestro amor. Estais bellissima, mi reina y señora!

— Señor...

— Esa palidez que brilla en vuestras mejillas os dá un realce melancólico que interesa y cautiva. Oh! cómo puedo yo pensar en negocios de estado, teniendo á mi lado en el trono á una compañera con quien pasar la vida rodeados de toda la felicidad del amor! Mil veces me he dicho, Isabel, que deberiais aborrecerme.

— Aborreceros, señor, y porqué?

— Porque os he arrancado del suelo de Francia donde erais feliz y dichosa para traeros á una corte en que solo reina la fria etiqueta, de la que están casi proscritos los bailes y que no ofrece ninguna diversion á los sentidos. Y yo mismo que debiera hacerlos una existencia agradable, yo mismo contribuyo á hacérola pesada y monótona, estando siempre ausente de vos, metido con mi despacho y mis devociones, teniéndos encerrada en vuestras habitaciones como en un destierro. Pobre Isabel!

— Pues os aseguro al contrario, señor, que soy feliz y que esta es la vida que mas conviene á la disposicion de mi alma.

— No echais menos vuestra patria?

— Siento no tener junto á mí á mi hermana y nada mas.

— De aquí en adelante, querida mia — dijo el rey tomándole una mano,